

David Álvarez Cárcamo (2019). *La tradición oral leonesa: Antología sonora del romancero*. Cátedra de Estudios Leoneses-Universidad de León (406 pp. + 1 cedé).

José Manuel PEDROSA
Universidad de Alcalá

El que ya bastante entrado el siglo XXI (el trabajo de campo personal del autor fue realizado mayormente entre los años 2016 y 2019) puedan ser publicadas compilaciones de literatura oral, y en concreto de romances tradicionales, tan ricas en lo cualitativo y en lo cuantitativo como esta, es señal de que la voz del pueblo que ha servido como vehículo de este repertorio desde hace siglos sigue resistiéndose a dar el adiós definitivo. A despecho de todos los malos agüeros que desde el XIX por lo menos anunciaban que el caudal de la tradición oral patrimonial declinaba fatalmente, y que la extinción se hallaba en el horizonte próximo. Lo está sin duda, a juzgar por las edades avanzadas o muy avanzadas de quienes han contribuido con sus versos y músicas a nutrir este libro-cedé; si bien no deja de sorprender que la certificación del desenlace definitivo siga, en este mundo globalizado tan hostil a las culturas orales de antaño, demorándose un año tras otro.

Es obvio que localizar hoy transmisores cualificados de romances o de cualquier otro repertorio de folclore patrimonial es un empeño mucho más difícil de lo que fuera ayer, y que hace algunas décadas hubiese sido más fácil que ahora reunir una colección de las dimensiones, calidad y representatividad que tiene esta; e incluso mejorarla, claro, cuanto más pretérito fuese el escenario. Ello realza los méritos de este libro, que, además de ser el fruto de un trabajo de campo muy esforzado, es hijo también de un conocimiento de primera mano de la geografía, la demografía, la mentalidad y la cultura popular de la provincia leonesa, en toda su amplia casuística. Alguien que no conociese la región muy a fondo no podría haber reunido, en los sombríos tiempos que corren, una colección de esta envergadura. Conviene puntualizar aquí que no todos los romances editados en el libro, pero sí la gran mayoría, han sido registrados por David Álvarez Cárcamo, solo o acompañado: unos cuantos son frutos de la labor de recolección de otros folcloristas.

Echando mano de un concepto propio de la ciencia antropológica, se podría decir que lo que nos regala este libro es fruto de una labor de *observación participante* continuada: se nota, por un lado, que el autor es hijo de la tierra leonesa, y que se mueve por ella con mucha soltura; y salta a la vista, igualmente, que estamos ante una labor intensa de investigación erudita y de inmersión en una parte sustancial de la bibliografía y de la documentación disponibles acerca del romancero (del leonés en particular y del panhispánico en general) y de la literatura de transmisión oral española en su conjunto.

El libro se inicia con una introducción que pasa revista a las encuestas históricas del romancero en la provincia de León, que arrancaron en el pueblo de Curueña, en la comarca de Omaña, donde Juan Menéndez Pidal, el hermano de Ramón, anotó cuatro romances en el año 1889; sigue una panorámica minuciosa y argumentada de las demás campañas, desde las ya clásicas que llevaron a cabo don Ramón Menéndez Pidal y sus discípulos hasta las de los inicios del siglo XXI. Destacan dentro

de ese trazado no solo la crónica de las presencias, sino también la de las ausencias, porque, por ejemplo, el autor lamenta que las grabaciones de campo que hicieron entre 1970 y 1993 quienes llevaron el benemérito programa El Grajo, de Radio Nacional de España, que es seguro que contenían auténticos tesoros, estén en la actualidad prácticamente desaparecidas.

Se dan a continuación informaciones detalladas de las encuestas del propio autor, quien, aunque hizo algunas incursiones dispersas en los años anteriores, trabajó con mayor intensidad entre 2016 y 2019. Tras un capítulo dedicado a justificar la selección de los romances de su colección personal (el autor ha recogido muchas más versiones, que no han tenido cabida en este libro), y tras otro dedicado a argumentar la oportunidad de los romances aportados por otros folcloristas, vienen dos secciones de gran peso específico y originalidad, que por lo regular se echaban muy en falta en compilaciones anteriores: el de "Ocasionalidad. Los filandones. Veladas e hilarios. El baile. El ramo. Otros" (pp. 27-31); y el de los "Principales transmisores y transmisoras" (pp. 31-47).

Al cabo de la edición de los romances, el volumen se cierra con una serie de complementos críticos solventes y escrupulosos: hay una "Tabla de romances", un "Índice de romances por localidad", un "Índice de localidades y romances recogidos en cada una de ellas", una "Bibliografía", una "Discografía", una "Webgrafía", una identificación de cada una de las hermosas fotografías que se hallan diseminadas por el libro (en especial por el capítulo dedicado a los "Principales transmisores y transmisoras"), una declaración de agradecimientos y un currículum del autor.

El colofón lo pone un cedé acompañante, con una sugestiva "Antología sonora del romancero" de "La tradición oral leonesa" que permitirá a las generaciones presentes y futuras apreciar cómo sonaban estas composiciones, en las voces de sus últimos transmisores tradicionales.

Los romances seleccionados son de gran belleza y consistencia. Ciñéndonos a los registrados de manera personal y en estos últimos años por el mismo David Álvarez Cárcamo, asombra que hasta nuestros días hayan llegado romances tan raros, y en versiones tan notables como las de *El hijo póstumo*, *La muerte del príncipe don Juan*, *Aliarda y Florencios*, *La esposa de don García*, *El conde preso*, *La apuesta ganada*, *El raptor pordiosero*, *La malcasada del pastor*, *Sufrir callando*, *La Gallarda*, *La serrana de la Vera*, *Las tres comadres borrachas*, *El bonetero de la trapería* o *La nodriza del infante*: títulos que siempre han sido considerados o raros o muy raros, al menos en la tradición leonesa. Forman un conjunto particularmente llamativo las tres lecciones, excelentes, de *La penitencia de don Rodrigo* y las tres, de no menor calidad, de *Los soldados forzadores*, que son también piezas rarísimas. Hay otros romances que quizás no sean tan escasos en el área leonesa, pero que se nos ofrecen en versiones magníficas: *Las señas del esposo*, *Celos y honra*, *La muerte ocultada*, *Silvana*, *La mala suegra*, *Los presagios del labrador...*

De gran altura literaria y documental son el conjunto de los llamados *romances vulgares*, que aunque han quedado siempre relegados a un injusto segundo plano con respecto a los considerados legítimamente como tradicionales, tienen un valor mayúsculo. Los lectores encontrarán aquí versiones importantes de *La renegada de Valladolid*, *El cautivo Francisco Hermano*, *La difunta pleiteada*, *La rueda de la fortuna* + *Los presagios del labrador*, *La hija maldiciente que amamanta al diablo*, *Cristo testigo* + *El difunto penitente*, *El galán y la calavera*, *La vida de san Alejo...*

Muchos de los romances están acompañados por comentarios más o menos discrecionales del autor; otros van sin comentario. Destacan los que subrayan la personalidad o los méritos de las versiones de *Una fatal ocasión*, *El veneno de Moriana*, *El mozo arriero y los siete ladrones...*

Excepcionales son también, sin duda (como era previsible que lo fueran en la provincia de León, que siempre fue un vivero privilegiado de romances devotos) los capítulos de los romances "de asunto piadoso y edificante", "de contenido religioso" y "de asunto hagiográfico". Llama la atención, en cualquier caso, que, en la secuencia del libro, la primera categoría (la del "asunto piadoso y edificante") esté separada de las otras (las "de contenido religioso" y "de asunto hagiográfico") por la cuña, poco coherente, de los "de asunto burlesco", "de asunto anticlerical", "sobre animales" y "de asunto vario".

Que la clasificación y el encasillamiento del romancero siguen incurriendo en contradicciones y planteando desafíos no bien resueltos lo corrobora el que *La bastarda y el segador*, que podría haber ido a parar, con razones sobradas, a la sección de los "Amores con final trágico" o a la de "La mujer como protagonista: sobre matadoras", haya encontrado acogida entre "Los romances de asunto burlesco".

Hay, por lo demás, dispersos en varias secciones del libro, títulos que no son de romances si nos atenemos a su diseño métrico; se trata más bien de cantos o de canciones narrativos en metros diversos: heptasílabos, decasílabos, poliasonantes, o con irregularidades de toda especie. Han sido editados, en este libro como en tantos otros, en versos indiscriminadamente extendidos y con cesuras que no resultan demasiado congruentes. De ese modo se ha procedido con *Mambrú*, *Mariana Pineda*, *La sublevación de Jaca*, *La dama y el pastor*, *La pedigüeña*, *Los primeros romeros*, *El corregidor y la molinera*, *Las marzas*, *A Belén llegar*, *El milagro del trigo...* Así por ejemplo, pierden bastante gracia y quedan muy desnaturalizadas las esbeltas y clarísimas seguidillas 7 + 5 de *Los primeros romeros* cuando quedan transliteradas en indiscriminada sucesión de versos de 12 sílabas. Hasta algunas oraciones de métrica muy libre han quedado enfundadas, de manera un tanto artificial, en versos extendidos con cesura, para remedar con escasa fortuna la presentación editorial convencional del romance.

Como tantas veces sucede, algunas de las joyas más valiosas son las que más desapercibidas pasan y las que se muestran más refractarias a la dilucidación. Dentro de esta colección leonesa hay rarezas tan sobresalientes como inadvertidas. Así, las dos misteriosas versiones de *La pecadora culebra*, de las que no se conoce más documentación que la que se publica aquí: "a la espera de que algún estudioso del romancero halle el pliego que diera origen a las dos versiones orales, podemos circunscribir el área de aparición de este romance a la Valdería y comarcas aledañas", señala David Álvarez Cárcamo.

No es seguro que el romance, cuyas dos versiones ahora rescatadas muestran por desgracia signos de erosión y quién sabe si de alguna sustancial mutilación, procederá de algún pliego de cordel. En el tópico de la culebra que le pide a un cazador que no la mate, porque es en realidad una mujer pecadora a la que Dios condenó a vivir entre las zarzas, confluyen ecos de folclores muy viejos y plurales. Por ejemplo, de las leyendas de los cazadores san Eustaquio, san Huberto, san Plácido o el caballero Placidias, a quienes el ciervo que perseguían pidió que, en el nombre de Dios, no lo mataran; o de la balada francesa de *Marguerite ou la blanche biche* y la vascuence de *La muchacha ciervo* (entre otras), cuyas protagonistas son inquietantes mujeres-ciervo que imploran también piedad a los cazadores; eso sin dejar de lado las muchas leyendas que han corrido por no pocas tradiciones acerca de maldiciones a mujeres condenadas a metamorfosearse en reptiles, o a reptiles condenados a arrastrarse por la tierra. Acerca de las baladas francesa y vasca puede verse, por cierto, Jon Juaristi, "La balada vasca de la muchacha ciervo", *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo*, 21 (1987), pp. 917-926.

La versión, única hasta donde sabemos, de *Las Penurias del jornalero* es otra excepción muy valiosa y original, en cuanto que pone en molde de romance el tópico de las venganzas contra el amo abusador que en otras latitudes corren más en la forma de cuento protagonizado por algún *trickster* o burlador; en no pocas ocasiones al protagonista lo hallamos vestido de estudiante despabilado o de soldado pícaro.

Pero la gran joya de la colección es, por encima de cualquier otra, la titulada *Cantamisano criado por fieras*, que se despliega en las pp. 248-249. Se trata de una composición que, como las dos que acabo de destacar, ha quedado sin filiar en el libro. La dificultad para identificarla era, desde luego, muy grande, porque se trata una versión insólita de uno de los romances más raros y enigmáticos de los que se tiene noticia: el de *La fuerza de la sangre*.

Un estudio clásico de Diego Catalán, "*La guarda cuidadosa, El huérfano, Poder del canto, La fuerza de la sangre: a caza de romances raros en la tradición portuguesa*", *Por campos del romancero. Estudios sobre la tradición oral moderna* (Madrid: Gredos, 1970), pp. 228-229 y 234-239, hurgaba en algunas raras

versiones sefardíes y portuguesas, muy erosionadas, sin llegar a ninguna conclusión clara acerca del prototipo, los orígenes, la evolución de *La fuerza de la sangre*. Afirmaba Catalán, en las pp. 238-239, que

confrontando el fragmento sefardí con esta versión [facticia portuguesa], empezamos a ver claro de lo que se trata: Un infante nacido en “oscura montiña” es abandonado por la madre. Créalo un ermitaño con leche de leona y pan de la ermita. Salido de la menor edad (a los 14 años), quiere el ermitaño ponerlo a hacer trabajos manuales; pero el mancebo se rebela contra tan justificado mandato. Es que su noble sangre le impide misteriosamente hacer oficio de villano. El ermitaño le proporciona entonces armas y caballo, mandándole sierra adelante a ganarse el pan como caballero.

Lo que ocurre después es problemático: En la versión de Vinhais encuentra una doncella (lo que justificaría la contaminación con *El Caballero burlado* de las versiones sefardíes), pero el relato no sigue; en Valpaços el escudero novel se encuentra con los moros y, a pesar de sus hazañas, es apisionado; pasa siete años en prisión... Hemos de esperar a que algún afortunado colector de romances nos descubra en Portugal una versión más completa que las de Paçó, Vinhais y Valpaços; entre tanto, no sabemos más.

Ni Manuel da Costa Fontes, quien registró alguna versión portuguesa más y la publicó en *O romanceiro português e brasileiro: índice temático e bibliográfico*, 2 vols. (Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1987), I, p. 67, núm. 99; ni Paloma Díaz-Mas, quien se acercó a la cuestión en “Temas comunes en el romancero portugués y sefardí”, *Os Judeus Sefarditas, entre Portugal, Espanha e Marrocos: Colóquio Internacional*, ed. Carmen Ballesteros y Mery Ruah (Lisboa: Edições Colibri-Associação Portuguesa de Estudos Judaicos-CIDEHUS, 2004), pp. 239-260, fueron capaces de dar pasos significativos hacia la solución del misterio, puesto que faltaba lo más importante: algún texto cabal.

Pero el momento, aunque con mucho retraso, llegó: el registro más completo e iluminador de *La fuerza de la sangre* que Diego Catalán auguró no fue hecho en Portugal, como preveía el maestro, sino en el pueblo leonés de Culebros, por obra, gracia y memoria de una mujer nonagenaria, Marcelina Blanco García, que comunicó a David Álvarez Cárcamo una versión bastante completa del romance, aunque con algunos versos olvidados o maltrechos. Su trama nos descubre un desarrollo y un final por un lado fascinantes, y por el otro lado generador de nuevos misterios: un niño abandonado a muy tierna edad en el monte, criado con la leche de una leona parida, es rescatado por un hombre que le educa en su casa, pero que no logra que su pupilo haga trabajos serviles; tras constatar la singularidad de tal comportamiento, el hombre sube al niño “a una senda arriba” en que se dirige a él con palabras que suenan a romancísticas por los cuatro costados (“Mira, mira España, mira Francia, / mira el reino de Castilla, / mira la mesa redonda / donde la reina comía”...). A continuación, el tutor lleva al muchacho a un convento en que le da una explicación pormenorizada de sus orígenes. Cuando el joven cumple veinticinco años se hace cura para comprobar si Dios y la Virgen le revelan algo más acerca de sus orígenes, y es entonces cuando

en el medio de la misa el sacerdote pa’tras mira
Y viera entrar una mujer más negra que un cuervo iba.
—Oh, vos sois la mi madre, oh, vos sois la madre mía.
—Sí, sí, hijo, soy tu madre, soy, y aunque nunca lo sería,
Sigue tú, el mi hijo, sigue, sigue tú como seguías.
Entre más bien por mí hagas, más abajo me metías.

Las muy escasas y deturpadas versiones sefardíes y portuguesas atestiguadas quedaban truncas en el momento en que el joven era llevado hasta una elevación para que contemplase las tierras desde lo alto. Todo el desarrollo ulterior era absolutamente ignoto para nosotros hasta que esta versión inaudita del pueblo leonés de Culebros, que acaso pueda ser considerada como el último suspiro de valor realmente singular que nos lega el romancero, ha venido a romper el maleficio.

Siguen quedando muchos y cruciales cabos sueltos, claro, como cuál fue el pecado de la madre y cuáles fueron las razones de la exposición del niño en la espesura. Pero el hallazgo, que arroja una luz pasmosa sobre uno de los secretos más celosamente guardados del romancero panhispánico, es de los que hacen historia.